

¿Quién llora por Nagasaki?

-El día en que la Humanidad perdió su nombre-

por Rodrigo Ochoa Westenenk



¡El horror!, ¡el horror!

(Joseph Conrad, 'El corazón de las tinieblas')



Bomba atómica sobre Nagasaki Foto <https://www.nytimes.com/es/2025/08/05/.html>

¿Por qué olvidamos, por qué ignoramos?

¿Por qué el recuerdo tiene tan corta vida, corta, como la de aquellos niños pulverizados de golpe por la destrucción nuclear? ¿Por qué esos seres inmolados por la bomba quizá nunca llegaron a la consciencia de los hombres? ¿Por qué yo nunca supe de ellos?

Caminando por Hiroshima se agolpaban en mi mente estas interrogantes, surgidas de pronto después de ser testigo de los recuerdos guardados en el museo de la bomba y en su parque circundante. No obstante, lo más conmovedor resulta ver la actitud irresponsable e irracional de las élites europeas de hoy, de trivializar, promover y publicitar el rearme nuclear de Europa para una futura guerra contra la Federación Rusa.

No hace mucho y para el caso de padecer un ataque nuclear, se instruía a la población europea procurarse tabletas de yodo para evitar daños por radiación atómica. Muchos, ya completamente obnubilados por la propaganda oficial, se creen así protegidos.

La ciudad de Nagasaki fue destruida por otra bomba atómica tres días después de la destrucción de Hiroshima, hermanando a ambas poblaciones en igual sufrimiento y destino. La documentación de estos horrendos crímenes está hoy bien documentada y a disposición de la persona interesada.

Lo que en este escrito sigue, está tomado de una reducida parte de aquella documentación existente, y pretende solamente llamar a la memoria, o a la consciencia del lector, la significación de estos acontecimientos olvidados o desconocidos, pero de enorme relevancia para la humanidad presente, la nuestra, la de hoy. A diferencia de mostrar nuevamente las conocidas fotos del hongo atómico sobre Hiroshima y Nagasaki o de las celebradas figuras que piloteaban el bombardero que arrojó las bombas, se intenta aquí mirar ahora por debajo del hongo, a las víctimas olvidadas. (Ver: Susan Southard: Nagasaki. La vida después de la guerra nuclear, Madrid 2017/ John Hersey: Hiroshima, Barcelona 2025)



Nagasaki arrasada por la bomba atómica



(Foto Archivo Museo de la Bomba)

La excepcional crueldad de Nagasaki

El 9 de agosto de 1945, a las 11:02h, el Poder político-militar de los EE.UU. dejó caer sobre la ciudad portuaria de Nagasaki, una bomba de plutonio de 5 toneladas de peso y 21 kilotones de potencia explosiva. Es la segunda bomba nuclear contra no combatientes (ver más abajo una descripción detallada del ataque nuclear a Nagasaki, párrafo *“Se abren los portales”*).

Un día normal y corriente en Nagasaki; escuelas, hospitales, tranvías y trenes en normal funcionamiento, mucha gente haciendo cola en la calle por el racionamiento de alimentos, grupos de escolares en las calles, acompañados por sus profesores, niños pequeños jugando en calles y parques, toda población civil en pleno desarrollo de sus actividades rutinarias a la mejor hora de la mañana.

Tres días antes, EE.UU. ya había arrojado una bomba atómica en la ciudad de **Hiroshima**, cuyo poder destructivo y efectos devastadores sobre una población civil e indefensa superó con creces lo estimado en las múltiples pruebas realizadas anteriormente en el desierto de Nevada con artefactos menores.

Esta nueva arma, arrojada esta vez sobre una ciudad despreocupada, que vive su día sin sospechar del peligro en ciernes, da inicio a una interminable cadena de muertes y de atroces sufrimientos: • un destello de luz y fuego y • una destrucción total inmediata de absolutamente todo lo que se encuentra en un radio de pocos kilómetros del hipocentro de la explosión, carbonizando y provocando quemaduras horribles en la carne de las personas; • una onda expansiva brutal de más de 260 Km/h que provoca el derrumbe de viviendas y edificios en un gran radio, lanzando piedras, vidrios y maderas como proyectiles hacia la gente, dentro o fuera de sus casas, hiriéndoles gravemente los cuerpos y sus órganos; • Ojos reventados y ceguera de los que miraron directamente el destello incandescente de más de 4.000 °C de la bola nuclear al momento de la explosión, • calcinamiento de la atmósfera y del suelo a varios miles de grados; • lluvia de rayos beta y gama sobre un radio de varios kilómetros; • cientos de niños heridos o quemados buscando a sus padres, padres buscando a sus hijos y familiares, en medio de una ciudad incendiada, en ruinas y repleta de cadáveres ...



El último salto de la inocencia dejó su sombra grabada en la pared

La ciudad quedó completamente arrasada. Los pocos sobrevivientes deambulaban como zombis, heridos y perdidos, buscando a sus familiares y vecinos. Se calcula que en las primeras 48 horas del lanzamiento, unas 100 mil personas perdieron la vida, de las cuales más de 40 mil murieron instantáneamente, el resto falleció en los días y meses siguientes en medio de padecimientos horribles. Semanas después vino, además, la muerte por radiación atómica, la lluvia de rayos gama, un fenómeno todavía desconocido por víctimas y victimarios (radiotoxemia) . Mueren ahora personas que no habían sufrido heridas. Apareció después la leucemia, carcinomas en tiroides, pulmones, senos, estómago, órganos sexuales, fetos nacidos deformes. Se extendió entonces un fenómeno denominado *Kyodatsu*, un estado del alma rota, un estado psíquico de desesperanza, desesperación y agotamiento.

¿Y qué tiene de especial significado el ataque a Nagasaki que no tenga la bomba atómica de Hiroshima? Aunque ambas ciudades comparten su carácter de poblaciones no combatientes y carentes de relevancia militar, el intervalo de tiempo de tres días que las separa, marca un mundo atroz: toda esta devastación, este espantoso sufrimiento de la gente, ese mundo de padecimiento y dolor indescriptible era ya de buen conocimiento de los agentes del mando de EE.UU. al momento de ordenar el lanzamiento de una segunda bomba atómica sobre otra ciudad japonesa. El alto mando americano obvió deliberadamente esta brutal evidencia de padecimiento inhumano, imponiendo la fuerza brutal total a cualquier consideración ética o humana, de piedad o conmiseración. En ese aciago segundo, el mundo cruzó una línea cósmica que separa un antes y un después, una frontera que deja atrás todo lo que alguna vez fue noble, digno y luminoso en el género humano, abriéndose a la total impiedad.



Así, pues, los cientos de discursos y textos publicados para justificar este hecho cruel e inhumano, quedan calcinados por el incandescente núcleo de la inhumanidad del ataque a Nagasaki. Con ello se abrió entonces el portal a la brutalidad, impiedad y cobardía sin límites, así como el mundo lo ha padecido hasta nuestros días.



Taniguchi Sumiteru sobrevivió pese a sufrir terribles quemaduras y heridas. Decenas de miles no lo lograron.



Al joven **Yoshida Katsuji** fue necesario rehacerle la cara

El alto mando norteamericano intentó después justificar el uso del arma atómica sobre la población civil, arguyendo que de esa manera habría *“acortado la guerra, salvando la vida de miles de americanos y japoneses”*, lo que expresa una lógica enferma, además de ser una falacia. En opinión de muchos expertos, al mes de agosto de 1945 la situación estratégica de Japón era irrecuperable: ya tenía perdida la guerra, su fuerza naval ya había sido completamente destruida en las islas Midway tres años antes, sus recursos humanos y materiales estaban agotados, varias ciudades ya habían sido destruidas por bombardeos convencionales reiterados antes de Hiroshima, habían perdido sus dominios en Asia y el sudeste asiático (Filipinas, Birmania, diversas islas del Pacífico) y se enfrentaban ahora también a la URSS, la que en agosto de 1945 le declaró la guerra. Japón ya estaba derrotado.

El almirante William F. Halsey, comandante de la 3ª flota, afirmó que los bombardeos nucleares fueron un error porque Japón “estaba ya al borde de la rendición” (S. Southard, 206).

Todo esto era sobradamente sabido en el alto mando de los EE.UU. Entonces, ¿por qué tanto apuro con Hiroshima y Nagasaki? ¿Por qué decidió, no obstante, sacrificar horriblemente dos ciudades con el arma nuclear?

Que quede la respuesta a esta pregunta al libre cargo del lector.

La Ignorancia y el Olvido

Apenas han transcurrido unos ochenta años desde este episodio desgarrador, pero, sin embargo, muy pocos lo recuerdan y una gran mayoría lo desconoce. ¿Qué quedará, entonces, para todo recuerdo, si también nosotros mismos seremos olvidados al poco tiempo de morir? Aquello que hemos conocido, pero que no ha tenido relación directa con nuestra vida, lo hemos olvidado más rápidamente, perdiendo así algún sentimiento de compasión que quizás sentimos por las víctimas.

Pero es esa vibración humana, ese sentimiento compasivo el que nos une en una Humanidad y que deja una huella en nosotros, pasando a ser parte imborrable de nuestro recuerdo y de nuestro saber. Así sucede también con la memoria y el olvido del conocimiento histórico y político, restándonos la base necesaria para concebir alternativas mejores y constructivas o también advirtiéndonos de otras ya consumadas.

Aunque también hay voces que abogan por un ‘olvido activo’ como forma de desprenderse del peso de los recuerdos y con el fin de ‘lograr espacio para la vida’ (así opina, por ejemplo, Friedrich Nietzsche, en su fragmento de 1874 *“Vom Nutzen und Nachteil der Historie fuer das Leben”*)

Quizás sea ésta una filosofía válida y útil en algunos aspectos de la psicología individual e íntima, pero no pareciera conveniente en el plano histórico y político.

Sabemos que el Poder y su sirvienta, la Razón de Estado, realizan enormes esfuerzos en el uso político de la memoria, también en el fomento del olvido y del ocultamiento o la distracción de hechos que podrían poner en cuestión el relato del Poder. El lanzamiento de dos bombas atómicas sobre una población civil por parte del gobierno de los EE.UU., pertenece a esta categoría de distracción y olvido (ver S.Southard, p. 153 ss).

Preguntados varios jóvenes europeos sobre qué sabían del nombre Nagasaki, muchos no supieron responder, algunos lo asociaban con una fábrica japonesa de motos. ¿Por qué y cómo habrían de sentir compasión o solidaridad estos jóvenes con los pueblos bombardeados y quemados, si nunca tuvieron noticia de esos hechos?

Consultadas publicaciones de diversos años referidas a las bombas atómicas arrojadas sobre Japón en 1945, le salta a la vista al lector interesado un fenómeno sorprendente: el número de muertes en Hiroshima y Nagasaki se va reduciendo mágicamente de año en año, de igual forma que el número de muertes en la ciudad alemana de Dresde, arrasada por la RAF con bombas incendiarias en febrero del mismo año. En este último caso, las muertes reportadas en Dresde por diversas fuentes ascendían en los años 50 y 60 a unos 150-120 mil, hoy las redes sociales informativas con IA lo cifran en 20 mil.

Igualmente encontramos datos extremadamente disímiles respecto a cada una de las ciudades japonesas bombardeadas. Respecto a Nagasaki, se informa en diversas publicaciones actuales de entre 70 y 80 mil fallecidos, aunque algunos autores calculan fácilmente el doble de muertes en las primeras 24 horas del lanzamiento de la bomba. Los datos de la población diezmada varían según la fuente o la base de referencia según incluya a la población extra perimetral del valle de Urakami.

Aunque la bomba atómica arrojada sobre Nagasaki (plutonio, 21 kilotones) era de superior potencia que la lanzada en Hiroshima (uranio, 20 kilotones), sus mortíferos efectos fueron algo atenuados por las cadenas de bajas montañas que rodean la ciudad.

No obstante, y como dato sorprendente, el número de víctimas mortales que estaban más alejadas del hipocentro de la bomba y que fueron alcanzados por la ráfaga de viento y radiación de la explosión, resultó bastante mayor que aquellos que se encontraban en un radio cercano al hipocentro.

La Consciencia y la Voluntad

Sin memoria, perdido el recuerdo, no sabremos quiénes somos ni cuál ha sido nuestro curso en este mundo. Privados, entonces, de toda referencia orientativa tampoco podremos aprender ni adaptarnos a nuevas circunstancias, o sea, perderemos nuestras facultades mentales elementales de grabar y poner a disposición la información que requerimos para ello.

Con pocas palabras, sin la facultad de la memoria perdemos la consciencia de nosotros mismos, de nuestra relación con otros y con el mundo, y peor aún, perdemos la noción ética del mundo y de la vida, de los hechos. Un periodista comentó hace unos años que la llamada '*opinión pública*' se debatía a menudo en una gran contradicción, estando en contra del gas que se usó para asesinar judíos, pero está a favor de la bomba atómica.



La desgarradora imagen del niño que carga a su hermanito muerto (Joe O'Donnell)

SE ABREN LOS PORTALES

Nagasaki, 9 de agosto de 1945, 11:02h...

“La bomba de plutonio de cinco toneladas se precipitó sobre la ciudad a casi mil kilómetros por hora. Al cabo de cuarenta y siete segundos, una potente implosión provocó que el núcleo de plutonio se comprimiera del tamaño de un pomelo al de una pelota de tenis., lo que generó casi instantáneamente una cadena de reacciones de fisión nuclear. Con una fuerza y energía colosales, la bomba explotó a medio kilómetro por encima del valle de Urakami y de sus treinta mil habitantes y trabajadores, dos kilómetros y medio al norte del blanco previsto. A las 11:02 de la mañana, un fogonazo deslumbrante iluminó el cielo -y se vio incluso desde el Hospital Naval de Omura, a más de 16 kilómetros del valle- y lo siguió una explosión atronadora de una potencia equivalente a veintiuna mil toneladas de TNT. La sacudida se notó en toda la ciudad.

En el momento del estallido, el centro de la explosión alcanzó temperaturas más altas que las del centro del sol, y la velocidad de la onda expansiva superó la velocidad del sonido. Una décima de milisegundo después, todos los materiales que conformaban la bomba se convirtieron en gas ionizado y se desprendieron ondas electromagnéticas.

El calor térmico de la bomba encendió una bola de fuego con una temperatura interna de más de 300.000 grados centígrados. En un solo segundo, la bola de fuego abrasadora se expandió de 15 metros de diámetro hasta un tamaño máximo de 225 metros.

En el plazo de tres segundos, el terreno de debajo debió alcanzar una temperatura situada entre los 3.000 y los 4.000 grados centígrados. Justo debajo de la bomba, los rayos de calor infrarrojos carbonizaron al instante la carne humana y animal, y volatilizaron los órganos internos.



Triciclo del niño **Shinichi Tetsutani**, que no alcanzó a cumplir 4 años de edad, pedaleaba a 1.500 metros del hipocentro de la explosión. Un destello le derribó y murió esa misma noche. Su padre lo enterró junto al triciclo, *“para que no estuviera solo”*.

(Fotografía: Museo de la Bomba, Hiroshima)

Mientras la nube atómica se hinchaba hasta llegar a una altitud de más de tres kilómetros y eclipsaba el sol, la presión explosiva vertical de la bomba machacó buena parte del valle de Urakami. Las ráfagas de vientos horizontales de la explosión arrasaron la zona a una velocidad dos veces y media superior a un huracán de categoría cinco, lo que pulverizó edificios, árboles, plantas, animales y a miles de hombres, mujeres y niños. La gente saltó en todas direcciones desde sus refugios, casas, fábricas, escuelas y camas de hospital; salieron catapultados contra las paredes; o quedaron sepultados bajo edificios derrumbados.

Las personas que trabajaban en el campo, conducían tranvías, y guardaban cola en los puestos de racionamiento de las ciudades, salieron disparadas o les alcanzaron escombros como cañonazos y cayeron sobre suelo ardiente. Un puente de hierro se desplazó setenta centímetros río abajo. Cuando sus edificios dieron señales de implosionar, los pacientes y el personal se tiraron por las ventanas del Hospital Universitario de Nagasaki, y las alumnas de instituto movilizadas saltaron desde el tercer piso de la Escuela Primaria de **Shiroyama**, a ochocientos metros de la explosión.



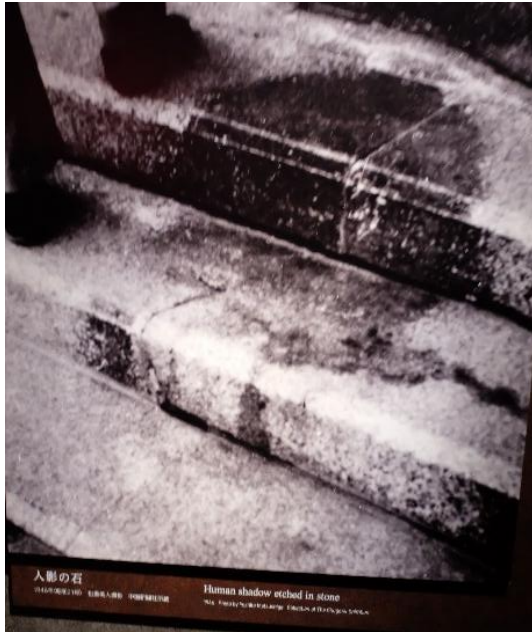
La escuela primaria de **Shiroyama** estaba situada a sólo 800 metros del hipocentro de la explosión atómica. Sufre una devastación extrema. La explosión mató instantáneamente a más de 1400 alumnos, 110 estudiantes y 29 profesores, destruyendo gran parte de sus edificios.

El calor abrasador derritió el hierro y otros metales, quemó edificios de ladrillos y cemento, prendió fuego a la ropa, desintegró la vegetación y provocó quemaduras graves y letales en las caras y cuerpos expuestos de la gente. A un kilómetro y medio de la explosión, la fuerza de ésta provocó grietas en paredes de veintitrés centímetros y que trozos de cristal salieran disparados como balas, contra los brazos, piernas, espaldas y caras de las personas, lo que a menudo les perforaba los músculos y órganos.

A una distancia de tres kilómetros, miles de personas quemadas debido al calor extremo quedaron atrapadas debajo de los escombros. A distancia de hasta ocho kilómetros, las

astillas de madera y cristal atravesaron la ropa de la gente y penetraron en su carne. Las ventanas se hicieron añicos a distancias de hasta dieciocho kilómetros. Penetraron en profundidad en los cuerpos de personas y animales dosis más altas de radiación de las que ningún humano jamás haya recibido. La bola de fuego ascendente succionó hacia su tronco arremolinado inmensas cantidades de polvo espeso y escombros. Al temblar y desmoronarse los edificios, se oyó un estruendo ensordecedor por toda la ciudad.”

(Susan Southard , Nagasaki, p.77/78)



Al momento de la explosión nuclear, **alguien estaba sentado en estas escaleras** y fue vaporizado instantáneamente, dejando sólo su sombra grabada por el fogonazo de luz y fuego.

Para muchos sirvió de consuelo por permitirles imaginar que el familiar desaparecido les dejaba una seña de despedida.



El árbol que dijo NO a la muerte

(Fotos ROchoaW)

A la izquierda, la cúpula de Genbaku (Cámara de Comercio), la ruina atómica más icónica de Hiroshima, a pocos metros del hipocentro de la explosión nuclear. Justo a su lado, hoy un parque, ha crecido con fuerza un frondoso Ginkgo biloba, el árbol de la vida.



Esta niña se llama **Sadako Sasaki**, y aunque vivía a 1,6 kilómetros de la explosión atómica en Hiroshima, fue impulsada por la onda expansiva a través de la ventana, cayendo en el patio de su casa. Su madre corrió hacia ella, creyéndola gravemente herida, pero no, Sadako estaba, misteriosamente, ilesa. Caía entonces una lluvia negra y pegajosa sobre ellas.

Sadako, habiendo salido aparentemente ilesa del ataque nuclear, creció normalmente hasta que a los 11 años enfermó de gravedad. Le diagnosticaron leucemia.

Pero esta niña quería vivir, de manera que , siguiendo una antigua creencia de que una persona sanaría si lograba hacer 1000 grullas de papel. Ella hizo cientos de grullas con todo tipo de papel a su alcance. Sadako murió el 25 de octubre de 1955, a los 12 años de edad. Su historia se hizo mundialmente famosa. Todos los años vienen miles de niños a rendirle homenaje en torno a la estatua erigida en el Parque de la Paz de Hiroshima a su memoria.



Grulla en papel origami



William L. Lawrence ,
periodista del
Proyecto Manhattan
(que desarrolló la
bomba atómica en
EE.UU.), habiendo
observado la
explosión desde un
avión de
reconocimiento,
comentó:

***" surgió una cosa
viva, una nueva
especie de
creatura..."***

¿Quién llora por Nagasaki?

Mantener un recuerdo vivo es afianzarlo en los tesoros de la consciencia, la que puede orientar nuestro actuar también, nuestra valoración de las cosas.

Pero, si ignoramos u olvidamos, ¿quizás tengamos que volver a vivirlo?